



Jacques Derrida con su gato

EDITORIAL

CUERPO, LENGUAJE Y METAFÍSICA

La razón y el pensamiento se pueden caracterizar como un movimiento intangible que elabora y modifica intencionalmente lo dado, con el propósito primordial de esclarecerlo y de manejarnos en el entorno. Parecería que el ideal de todo conocer sería dar cuenta de lo conocido en sí mismo, sin carencias ni deformaciones. Pero, tan cierto como este ideal, en el esfuerzo del pensar se percibe enseguida lo quebrado si no imposible de esta empresa. Siempre parece fracasar el pensamiento, salvo quizá en la apuesta idealista absoluta, en ese afán de engullir lo tangible. Siempre queda la materia como *lo otro* del pensar, siendo a su vez uno de sus objetos o temas más presentes.

En la filosofía del siglo XX culminó una especial sensibilidad por atender a esos *otros* más inmediatos, más cómplices y a la vez más callados de la actividad de la razón. La razón moderna y su pretendida hegemonía universal aliada con el ideal ilustrado de la emancipación encontrarían en las llamadas filosofías de la sospecha serios cuestionamientos, ya no sólo especulativos sino políticos y en parte psicoanalíticos, culpables, en definitiva, de esa centralidad aséptica y dominante. Sin duda pensadores como Marx, Freud y muy especialmente Nietzsche contribuyeron a este des-andamiaje de la razón occidental, pero no menos contribuirá la radicalidad de la fenomenología de Husserl, que, asumiendo el desafío de una nueva formulación de la filosofía primera, no dejará por eso de combatir los tópicos y derivas de toda sustantivación del pensamiento frente a la experiencia vital, lo concreto, la historia o lo prerreflexivo. Esto se palpará con gran madurez en un autor como Merleau-Ponty.

Podríamos decir que la filosofía francesa posterior al estructuralismo recibirá con fuerza todas estas influencias en una combinación siempre original y renovadora, impulsada por la versión saussureana del llamado *giro lingüístico*, omnipresente y ya determinante del pensamiento de la pasada centuria. Pero el lenguaje asumido desde estos planteamientos no será sino uno de esos *otros* más inevitables, más cercanos y distantes a su vez del pensamiento ideal puro; será la *materialidad*, hablada o escrita, del mismo pensar, será su *cuerpo*. Y sin duda el mismo cuerpo que somos, con su materia como condición viviente y animal es acaso el *otro* más inexpugnable, el enigma más íntimo de nuestra misma identidad y conciencia.

En un autor como Jacques Derrida (1930-2004), recogiendo en esto un testigo heideggeriano, la reflexión sobre estas cuestiones no deja de desafiar y de solicitar la comparecencia de la filosofía occidental en su quintaesencia más plena, como metafísica, y por eso la tríada de *cuerpo, lenguaje y metafísica* es invocada en el presente número como una posible seña de identidad de su legado. La amplitud y reverberación interna de estos tres elementos nos llevan además a otros autores y corrientes que enriquecerán la visión de estas cuestiones, por ejemplo si atendemos a la relevancia creciente del lenguaje en el contexto político, retórico, ético y comunicativo de la modernidad, o a la

revisión de los paradigmas epistemológicos y pragmáticos desde un enfoque corporal renovador y plural.

Sobre Derrida y también en diálogo con otros autores encontramos los cuatro primeros artículos y el tercer estudio. El primero expone cómo el giro lingüístico en clave estructuralista permitió a Derrida su crítica a la subjetividad fenomenológica, e ilumina desde las objeciones de Ricoeur, cómo en esa operación quedó olvidado el aspecto pragmático del lenguaje, planteando así una revisión de la misma crítica derridiana. El segundo nos lleva a un tema muy característico de este pensador: la escritura como materialidad y huella de la misma palabra hablada, y la dificultad de pensarla como tal. El tercer estudio completa otra de las claves de la filosofía de la deconstrucción pensando la (im)posibilidad de la traducción en Derrida y en uno de sus interlocutores fundamentales para ello, que es Heidegger, mostrando de un lado la misma intraducibilidad entre ellos y cómo ese esfuerzo aunque sin término ni éxito de la traducción se confunde con el mismo ejercicio auténtico del filosofar. En diversos trabajos de los presentados advertimos cómo desde Derrida, en esto también afín a Heidegger, algunas nociones y actitudes de los presocráticos cobran una renovada fuerza.

Los artículos tercero y cuarto se acercan más a la revisión derridiana de nuestra condición corporal y animal como un revulsivo para liberar el pensamiento moderno de su tributo dualista y logocéntrico. El tercero indaga la presencia y elaboración del legado de Nietzsche en Derrida y cómo esto influirá en el pensamiento actual y el replanteamiento vital del mismo trabajo y obra del pensamiento. El cuarto artículo aborda uno de los temas de la última reflexión derridiana, que es nuestra animalidad o condición animal, y la gran aporía que surge para pensar el mismo animal, planteando un tema actual y urgente que descubre aspectos medulares de la *indecidibilidad ontológica* de lo que somos.

La pertinencia de una nueva y revolucionaria epistemología de los cuerpos que somos se plantea en el último artículo desde el pensamiento rizomático de Deleuze y Guattari, que lleva a una resignificación política del espacio, el territorio y la misma identidad. El primer estudio recuerda las raíces de la reivindicación de repensarnos desde el cuerpo desde Nietzsche hasta la actualidad con Judith Butler, quien enriquece el enfoque desde la dimensión colectiva y plural. El segundo estudio nos dirige a Merleau-Ponty, autor clave en la recuperación filosófica del cuerpo, presentando la riqueza de su acercamiento fenomenológico a la agencia técnica y nuestra relación con el entorno como *sujetos encarnados*. Completamos el elenco con dos estudios que nos llevan a otros ámbitos y autores pero que tienen en común el subrayado de las implicaciones morales y políticas del uso del lenguaje en la modernidad. El primero de estos expone con detalle la dura controversia entre jansenistas y jesuitas en el siglo XVII (abordando las *Provinciales* de Pascal y otras obras de Port Royal), y muestra cómo el laxismo moral y teológico jesuítico influirá decisivamente en la crisis de la modernidad. El último estudio plantea una inusual comparativa entre Spinoza y Habermas, y explica cómo en ambos hay una apuesta por una función política del lenguaje más allá de una noción individual o intencional del hablante, y cómo cada uno desde sus contextos históricos abogan por una comunidad plural y democrática de hablantes. No cabe duda de que cada nueva época nos aboca a nuevos retos y siempre reclama nuevas formas de diálogo y relación. La riqueza crítica de legados como el de Derrida, que recogen aspectos muy granados de todo el pensamiento contemporáneo, es un faro más que útil, no tanto para una segura navegación, sino para una revisión atenta de nuestras rutas y de los senderos que orillamos al margen y no por ello dejamos de necesitar reconsiderar, pues estos, como nuestra palabra y nuestro cuerpo, no dejan de decir más cosas de lo que podemos pensar.

Ricardo PINILLA BURGOS
Director de PENSAMIENTO